

Autolavado

Aquella vez mientras hacía el amor con Max, me di cuenta que tenía algo nuevo en mí. El espejo ovalado, colocado como cabecera de la cama, reflejaba solamente seguridad y mi imagen parecía salir de mi cuerpo para mostrarse en toda su soberbia. Yo, de naturaleza insegura y siempre a la búsqueda de mis defectos -también de los más pequeños e insignificantes- quería entonces aparentar. E igualmente mis pensamientos empezaron a seguir mi figura. Para unirse en una mágica danza junto al cuerpo y a las fantasías de Max.

La luz, que penetraba por la ventana fijándose en nuestros cuerpos, aumentaba mi excitación y ver a Max mientras me follaba, me hacía sentir aún más guarra y deseosa. Las cortinas quedaban abiertas y la posibilidad que alguien pudiera espiarnos, ojalá con unos prismáticos, hacía la situación sumamente excitante. Admiraba nuestra exhibición en el espejo, como si al otro lado del vidrio hubiera alguien observándonos, para luego aplaudir a nuestras performances y a los varios cambios de posición. Gozar y mirar se estaban fundiendo en un único placer. Aunque no lograra entender si me gustaría más ver o exhibirme delante de los espectadores. ¿Mirona o exhibicionista? ¿O ambas cosas?

Y el destino, como siempre, vino a echarme una mano. Ya no conseguía más entender si fuera yo la que lo estimulaba o si fuera él que me ayudaba, para ponerme a prueba y hacerme así descubrir el sexo “verdadero”. Mi vida, hasta el encuentro con Max, había sido ciertamente desahogada pero absolutamente sin color. En cambio, desde cuando lo conocí, todo fue un continuo descubrimiento de personas, situaciones y sobre todo de mí misma.

Max había acabado de vender por internet un antiguo baúl que siempre había pertenecido a su abuela y se había comprometido, recibiendo evidentemente una remuneración, a llevarlo a un señor de Florencia. Entretanto en mi buzón había encontrado un folleto que anunciaba una excursión a Assisi organizada por la Parroquia. ¿Y qué mejor ocasión para mezclar sagrado y profano? Evidentemente necesité Isa, para organizar mi plan y gozarme un entero día junto a mi amante.

Ella asintió enseguida. Era una amiga muy querida y habría hecho cualquier cosa para mí. Yo igualmente para ella. Me habría encubierto mientras yo me la pasaba en grande en otro lugar, para luego reencontrarnos de regreso a Roma.

Reservamos inmediatamente, para estar seguras de encontrar sitio. Entretanto Max se había puesto de acuerdo con el adquisidor mismo día del viaje parroquial.

La mañana de la salida, acompañadas por nuestros respectivos maridos, bien contentos de dejarnos partir y disfrutar el día entre zapatillas y televisión, pareció una excursión como muchas otras. Mochila al hombro, zapatos cómodos y comida fría para llevar. En cambio en mi mente, ya saboreaba una posada a horas o un hotel de carretera dónde poder desencadenar toda mi sexualidad.

Y en efecto, después de solo diez minutos de viaje, nuestro plan estalló.

“¿Puede parar por favor? Me duele la barriga. Tengo que ir al baño” dije al chófer del autocar, con una mueca de dolor en la cara.

Por suerte el medio no tenía aseos y así hice parar todo el grupo al primer bar abierto. Bajé corriendo y desaparecí en el local. Entretanto ya imaginaba las quejas de las viejecitas, contrariadas por el contratiempo. Esperé el tiempo necesario para que se impacientaran y regresé con una cara abatida y lúgubre.

Tuve que representar mi papel y os aseguro que no fue nada fácil.

“Perdonadme muchísimo. Anoche comí algo que probablemente me ha hecho mal y realmente no puedo continuar”.

Las ancianas señoras se morían de ganas de desecharme, también porque les había hecho perder ya demasiado tiempo. Di un beso a Isa y bajé del autocar. Dejando las ignorantes feligresas juntas con una bomba del sexo, afortunadamente no cebada. Si solo hubieran imaginado lo que la Señora Isabella era capaz de hacer en la cama, no la habrían hecho ni subir.

Después llamé a Max que llegó casi enseguida. Y junto a él, empecé una nueva aventura, aunque de un solo día. La música nos acompañaba dulce y yo observaba el campo de nuestra región desde la ventanilla, como aquellos niños que nunca han hecho un viaje y son curiosos de descubrir el mundo. Junto a él me sentía segura y todo me parecía nuevo. Yo, que había hecho un montón de viajes, tanto

sola como con mi marido, solo ahora estaba enterándome que no conocía nada en realidad. Junto a él estaba aprendiendo a mirar el interior de las personas, sus manías, sus mil facetas, para conocer sus virtudes y defectos, obsesiones y debilidades. Aunque si la cosa más excitante fuera implicarles. De modo que una situación banal, un gesto normal se transformaran en un guiño sexual, una actitud maliciosa para provocar a la víctima o quizás al dichoso de turno. Un tipo de exhibicionismo velado para despertar los sentidos de los hombres y porque no, de las mujeres también.

Apenas llegados al autoservicio para desayunar, una señora pasó cerca de nuestra ranchera y se hizo la señal de la cruz. Había equivocado el baúl de nogal oscuro con un ataúd. Solamente que no estábamos yendo a un funeral ni al cementerio tampoco. Y dentro de la caja no había el querido difunto, sino mucha transgresión a la cual estábamos dando vuelta por Italia. Era como si ésta estuviera colmada de sexo y yo tenía ganas locas de abrirla y mostrar a todo el mundo su contenido. Para hacerles participar de mi placer y hacerles gozar a su vez.

El viaje de ida pasó tranquilo, excepto por aquellos números de teléfono escritos en los baños de las señoras, que prometían prestaciones de todos los tipos. Nombres de mujeres, parejas y hombres (¿pero éstos cómo conseguían entrar en los baños femeninos?) llenaban las sutiles paredes de los retretes. Y por un instante, fui tentada a transcribirlos. Pero que sentido tenía, si no sabía tampoco dónde habitaban. Dejé perder con mi deseo que aumentaba y mi coño que empezaba a mojarse de fluidos. Era la señal que tenía que hacer algo.

Transportamos el mueble prometido hasta su lugar de destino y después de haberlo descargado, salimos de nuevo hacia Roma. Desgraciadamente no teníamos mucho tiempo a disposición y tuvimos que contentarnos con un almuerzo ligero y un polvo veloz en una posada a horas, apenas fuera de la casilla del autopista. Os aseguro que fue tan breve, que no vale la pena describirlo. Y no porque Max vino enseguida, quizás porque ambos “sentíamos” que estábamos buscando sensaciones más fuertes.

Por eso, retomamos la calle de vuelta esperando algo más.

“¡Todavía tengo ganas!” dije, dejando escapar estas palabras como una niña caprichosa y deseosa de helado.

Max estaba conduciendo y la única palabra que salió de su boca fue la siguiente: “¡Chupamela!”.

Me bajé con mi cara entre sus piernas y, mientras estábamos viajando a ciento treinta kilómetros por hora o quizás más, le desabotoné los pantalones y empecé a hacerle una mamada, llena de gana y deseo. Estaba ya excitado y la situación era particular también. Los automóviles nos pasaban velozmente al lado y nadie podía de seguro imaginar que el conductor no estaba disfrutando de la calle delante de él sino de algunos blandos y calientes labios. Mi lengua recorría lo rectilíneo de su pene, para tragarlo en el túnel de la boca, contorneada por dientes similares a postes reflectantes. Entretanto la lengua de asfalto corría bajo nosotros, casi para unirse a nuestro transgresivo y fantástico viaje. Y más aumentaba la velocidad de mi mamana, más se bajaba la del coche, mientras el movimiento de arriba y abajo de mi boca se iba a sustituir a lo de los pistones.

Tal vez los camioneros, encima de sus cabinas, pudían verme. Pero el asiento del conductor del mismo lado de Max no los facilitaba ciertamente. Fueron los pasajeros de un autocar, en maniobra de adelantamiento, a darse cuenta de nosotros y por suerte no eran mis feligresas sino jóvenes estudiantes. Fue un instante. Suficiente para demostrar todo mi exhibicionismo, entre los aplausos y los besos, tras las ventanillas empañadas. Si solo hubieran podido sacarme fotos, me habrían representada con una bonita sonrisa, a pesar de la boca llena.

Luego fue el turno de los transportadores, y, para satisfacer a sus fantasías también, decidí levantarme la falda, bajar las braguitas y empezar a masturbarme. Max los adelantaba relampagueando con los faros, como para avisarles que estábamos llegando. Y en efecto, apenas les flanqueábamos, con una potente tocada de claxon y una mirada asesina, nos hacían entender que les había gustado mucho. A pesar de mis cincuenta años, era muy bonito sentirse apreciada y deseada. Por hombres quizás de maneras un poco rudas y vestidos con poca elegancia, pero indudablemente más machos y viriles que mi marido. Y de todos modos no tenía en absoluto que follarmeles. Quería sólo hacerles entender que yo era su placer. ¡Qué diferencia con las mujercitas desnudas, pegadas detrás del asiento del conductor!

Luego hicimos una parada en un autoservicio para café, pipí y abastecimiento de carburante.

Tomé un capuchino y mi lengua, que limpiaba la espuma alrededor de mis labios, hizo sobresaltar al joven barman. Un gesto tan malicioso e impertinente que llegó a quemarse con un café caliente que tenía entre las manos. Y si solo hubiera podido, sin arriesgarse al despido, habría seguramente saltado la barra para abalanzarse sobre mí. Un salto de obstáculos para llegar a la meta del coño y, os puedo asegurar, que habría llegado primero.

Nos separamos para ir al baño y después de haber hecho pis, me quité las braguitas, ya empapadas de fluidos, y las puse en un bolsillo lateral de la bolsa. Un gesto casi mecánico que hice sin malicia alguna. ¿Á que pudieran servir unas braguitas, ya sucias y mojadas, aunque empapadas de mucha gana de sexo? Y conmigo tampoco tenía un cambio. Salí de la puerta de los baños y empecé a seguir el usual recorrido obligado, antes de llegar a las cajas. Y mientras miraba los estantes, entre muñecos de peluche y de todo de más, no me di cuenta que había perdido el taparrabos. Me lo hizo notar Max, apenas lo alcancé cerca del estante de las revistas.

“¡Enhorabuena!” me dijo con su típica ironía.

“Ahora dejamos las migas de pan como Pulgarcito”.

Yo, por supuesto, inmersa en mi usual ingenuidad, no entendí enseguida. Fue solo después de haberme indicado el cuerpo del delito, colocado en el suelo del autoservicio, que me di cuenta de mi descuido. Estaba yendo a recuperar mis braguitas cuando me retuvo por el brazo.

“Déjalas allí. Ahora sí que nos vamos a divertir”. Exclamó esta vez con un tono malicioso.

Había bastado una casualidad, para poner en marcha su ser perverso y transformarlo al instante en el director de una cámara indiscreta. En la cual, en lugar del usual billete falso o atado a un hilo invisible, había un par de braguitas. En efecto, mientras nosotros fingíamos mirar las revistas, era curioso y divertido observar las caras de las personas que pasaban cerca de mi minúsculo taparrabos rosa. Llegó una pareja de chicos que lo notó y se echó a reír, una mujer que le caminó al lado sin tampoco darse cuenta y una señora anciana que lo tomó en mano, quizás equivocándolo con un pañuelo, para tirarlo enseguida al suelo con un gesto de disgusto mezclado con miedo. ¡Ni que hubiera sido envenenado o contaminado con polonio 210!

!Qué bonito habría sido registrarlos y luego transmitir todo en un programa televisivo! Teníamos solo que hacerles firmar la autorización de uso de sus imágenes. Pero el plato fuerte llegó cuando lo vio un cincuentón. Se miró alrededor, lo desplazó con el pie en un lugar más apartado y luego se inclinó en una fracción de segundo para introducirse en el bolsillo. Nuestra cámara indiscreta así había acabado por falta de materia prima, en cambio había hecho feliz a alguien, que había encontrado material para sus fantasías de pervertido.

Después del juegito divertido, salimos al aire libre para volver al coche y retomar nuestro viaje. Desafortunadamente, no habíamos tenido en cuenta a la tienda de zapatos que apareció delante de nuestros ojos. Y no sé si nunca lo habéis notado, pero desde un poco de tiempo, en las plazuelas de los autoservicios, hay estas tiendas también.

“Puedo irme. Solo un instante”. Le dije a Max, indicando con el índice el edificio de ladrillos claros, situado en un rincón de la gran plaza.

Los zapatos son mi gran pasión, como para todas las mujeres, y no podía hacerles el desaire de no irles a visitar. Entré toda excitada y empecé a probar los calzados, en aquella especie de autoservicio del pie. Con sillas de plástico gris en el fondo de cada estantería y espejos inclinados, situados apenas enfrente. Podía tranquilamente llevar todo lo que quería, sin la obsesión de la empleada. Max vagaba entre los estantes llenos de cajas y, parecidos a él, otros maridos y novios, en calidad de acompañantes. Estaba tan implicada en probar los calzados que me había olvidado nada menos que no tenía las braguitas. Fue la mirada de un chico, refleja en el espejo delante de mis piernas, hacermelo notar. Cada vez que me sentaba para hacer un cambio, mi coño lampiño se reflejaba insolente debajo de mi minifalda, emergiendo entre las medias negras de encaje. Y la oportunidad no podía por cierto escapar a los maridazos deseosos de nuevos impulsos. Sorprendí en flagrante delito hasta tres de ellos. Sin contar los más hábiles y expertos que, con el juego de los espejos, lograban no hacerme notar sus movidas ajedrecistas.

Y si al menos inicialmente la situación no había sido de ninguna manera estudiada, después del empacho inicial, empecé a dejarme llevar por ésta. Posaba como si un fotógrafo mirón tuviera que hacerme fotos y para facilitar a mis muchos admiradores desconocidos, también. Y mientras las otras chicas y señoras estaban arrebatadas por el rojo de los zapatos, los hombres, presentes en el local, tenían ojos solo para mí y el color rojizo y brillante de mi coño abierto y mojado.

Me sentía como un distribuidor automático de masturbación, como aquellos que distribuyen cigarrillos o preservativos. Dispensaba “pajas” y “puñetas” para maridos y novios, necesitados de estímulos y situaciones excitantes, después de la rutinaria sopa de todos los días. No sé si habría podido patentar mi idea, por cierto funcionaba.

Respecto a la sopa de todos los días, me he venido a la mente aquella señora que metía “viagra” en la comida de su marido para hacerle vigorizar, causando en cambio su hospitalización y los artículos de varios periódicos. Además del chiste del semental, que no puedo evitar contarvos.

Un día una pareja madura fue a una empresa agrícola, para observar de cerca como el semental montaba a las yeguas. Las jóvenes yeguas eran llevadas cada vez a la presencia del caballo de reproducción, que las montaba sin jamás fallar un tiro. Entonces la mujer, seducida por todas aquellas repetidas prestaciones sexuales, dijo al marido: “Mira, él no es en absoluto como tú, que te paras después de la primera vez y a veces tampoco consigues hacerlo.” Entonces el marido, fastidiado por aquella afirmación, le contestó resentido: “Sí, pero a él se las cambian cada vez, mientras yo tengo que hacerlo siempre con la misma.”

Bueno, quizás sea esta la razón de la continua búsqueda, por parte de los hombres, de platos siempre nuevos. Y de todos modos, aunque sea viejo, espero por lo menos que os haya hecho reír.

Ambos teníamos todavía ganas de sexo y la parada al autoservicio la había nada menos que ampliada. La idea fue la de pararnos en un área de aparcamiento. Una de aquellas plazuelas con mesas, sombrillas de paja y bancos de madera, escondidas del tráfico y de las miradas de otros conductores. Un lugar tranquilo dónde poder hacer el amor y quizás ... donde hacernos mirar. Aparcábamos con el morro del coche hacia la plazuela, mientras había una densa vegetación de espaldas a nosotros. Empezamos a besarnos, tocarnos y a quitarnos la ropa, a pesar del frío. Había Max a calentarme y era suficiente. No lo hacía en el coche desde hace por lo menos veinte años, tenía la impresión de ser una adolescente otra vez y las emociones eran muy fuertes también. No la usual cama, tal vez el lugar más confortable del mundo donde hacer el amor, sino un coche frío e incómodo, con nuestros cuerpos desnudos en el escaparate como si fuéramos en venta. Y en la sombra algo o alguien empezó a moverse. Fue Max a enterarse, mientras yo me bloqueaba por el miedo. Un hombre había aparecido de la nada para colocarse al lado del coche. Susto y ansiedad refrenaron mi deseo de exhibirme. Quería ser la protagonista de la película pero mi cuerpo parecía al mismo tiempo ya no querer hacer su papel. ¡Más que en una película porno habría podido representar mi papel a lo sumo en el espectáculo de la escuela! Max como siempre intuyó, rearrancó el motor y se marchó de nuevo a toda prisa, mientras yo estaba todavía desnuda y aturdida.

Desafortunadamente fue una experiencia negativa. Una de aquellas situaciones que no sabes manejar, en las cuales crees estar lista y preparada y en cambio todo te va mal. Un tipo de examen, para el cual has estudiado mucho, y luego delante del profesor te bloqueas y no dices esta boca es mía. Aquí, me había ocurrido lo mismo. Me había ejercitado, había hecho las pruebas (¡con los camioneros!) y luego, cuando el fatídico momento había llegado, había llegado un ataque de pánico a estropearlo todo.

Max me mimó hasta nuestra llegada a Roma, había entendido mis miedos e intentaba estar cerca de mí. Entretanto Isabella empezó a bombardearme con los sms para organizar nuestra vuelta a la ciudad. Tenía que mandar un mensaje a Alfredo, diciéndole que no era necesario que me recogiera al autocar, porque me habrían acompañado a casa. Luego encontramos a Isa que me dio el regalito para llevar a mi marido, junto a alguna exquisitez culinaria de Umbria. Se había sacrificado para mí, pasando un día entre iglesias y santuarios. Bien sabiendo que pronto le habría devuelto el favor.

La organización no fue perfecta, para entendernos, a la manera de Max. Pero para ser mi primera vez como organizadora, puedo decir que me había salido bastante bien de todo. El imprevisto del mirón y la posibilidad que alguna viejecita de la Parroquia preguntara a mi marido cómo estaba,

encontrándolo por casualidad, zumbaron en mi mente. Pero el tiempo lo borra todo y los días siguientes pasaron tranquilos y sin ningún contratiempo.

Hasta cuando Max me invitó a una cena romántica. Acepté con verdadero placer, necesité distraerme y salir de la usual monotonía. Una tarde me inventé una cena del trabajo y, junto a mi experto de sexo, fuimos a Ostia para comer pescado fresco y experimentar otra vez la exaltación del amor en el coche.

Después de haber cenado, un paseo romántico por la playa, descalzos, cogidos de la mano, acompañados por una luna cómplice. El ruido de las olas a orillas del mar se confundía con el silencio de la noche y dulzura y ternura estaban llevando las de ganar. Aunque si supiera porqué estábamos allí. Max me había avisado. Sobre todo durante las noches invernales, los inmensos aparcamientos desiertos de los establecimientos balnearios se convierten en territorios de mirones, o quizás sería más agradable llamarlos voyeurs. Un pueblo invisible, que casi concerta citas con las parejitas deseosas de hacerse mirar y admirar. Y yo, quería superar mi bloqueo. Con mi psicólogo personal habríamos probado otra sesión y visto si estuviera lista para entrar en escena.

Volvimos al coche, un poco ateridos de frío y curiosos, especialmente yo, de descubrir lo que habría ocurrido dentro de breves momentos. A nuestro alrededor no había nadie, solamente la luna llena que iluminaba la oscuridad de la noche. Y como zombies salieron de sus escondites o quizás hasta de bajo tierra. Muertos vivientes del sexo, necesitados de saciarse con las sobras de pasión echadas como comida por las parejas. Hombres ya con sus añitos y otros jóvenes también se movían lentamente y andando encorvados, como para no hacerse notar. Un pueblo de la noche, que no tiene nada que ver con los frecuentadores de las discotecas. Éstos eran amantes del sexo, no vivido en primera persona, sino solo espectadores de los coitos de otros.

Y nosotros también, contribuimos a sus necesidades. Me desnude lentamente y cada gesto estaba siendo observado y indagado por mil ojos. Y esta vez mi miedo no se hizo ver ni sentir. Al contrario, en sus miradas casi leía una demanda de ayuda y, a pesar de la situación de peligro, me di cuenta que eran personas tranquilas. Que, en cambio, viendo mi exhibicionismo, se hicieron más audaces.

Los seguros del coche estaban cerrados y Max tenía quizás un poco de tensión. Fuera del coche se estaban gozando el espectáculo y yo, en aquel momento, me sentí verdaderamente la protagonista. Desnuda delante de ellos y separada solamente de la sutil barrera de las ventanillas. Y tal vez, hice la gilipollas pero fueron sus ojos de zombies a preguntarmelo. Apoyé los senos al vidrio y enseguida un chico hizo como para tocarmelos, pero no contento, empezó a lamer la ventanilla. Entonces me volteé y le puse el culo delante de su cara y él siguió lamiendo el vidrio.

Se masturbaban lentamente y sus pollas, extrañamente poco excitadas a pesar de la situación, se perdieron en la oscuridad de la noche. Habría deseado casi bajar del coche para ayudarles pero la prudencia me aconsejó dejarlo. Max consiguió hacerles gozar, aunque indirectamente. Me puso la polla en boca, mientras con los dedos penetraba mi coño mojado como nunca había hecho. Vinimos casi juntos, mientras nuestros huéspedes empezaban a salpicar su placer sobre nuestro coche. Parecía asistir a la botadura de un barco, con la botella de champán y su espuma que moja el casco. La esperma goteaba a lo largo de los vidrios y los flancos del coche ya estaban ensuciados también. Los zombies del sexo desaparecieron así como llegaron, no dejando casi huella de su paso. Aparte del pobre coche sucio y pegajoso.

Y esto tengo absolutamente que contarlos a vosotros.

Pensáis que el día siguiente, Max se avergonzaba nada menos que llevar el coche al autolavado.

Las señales de placer solitario trazadas por nuestros amigos zombies, mezcladas con arena y salobridad, eran desgraciadamente inequívocas. Así lo aparcó cerca de su despacho, bajo los plátanos del barrio Prati y a merced de las bandadas. Abandonándolo a los excrementos de los pájaros, después de las salpicaduras de pájaros de otra especie. El guano se confundió con la esperma y por fin pudo, sin ninguna turbación, llevar el coche a lavar.

Mejor dicho me contó que cuando fue a cogerlo, fue el mismo operador a quejarse de los pájaros,(¿pero de cuál género?), por la gran fatiga hecha. Y tenía toda la razón. Millones y millones de espermatozoides no son realmente así fáciles de borrar con una pasada de esponja.